

# SUITE ROMÁNTICA

MAURICIO WIESENTHAL

# SUITE ROMÁNTICA

(Goethe, Byron, Walter Scott)



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Ilustración de cubierta: istockphoto

Primera edición: noviembre de 2020

© Mauricio Wiesenthal, 2020  
Autor representado por Silvia Bastos S. L. Agencia Literaria  
© de la presente edición: Edhasa, 2020  
Diputación, 262, 2º, 1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-350-1148-8

Impreso en Romanyà Valls

Depósito legal: B. 17614-2020

Impreso en España

## PRÓLOGO

He titulado *Suite Romántica* a este segundo volumen de mis ensayos biográficos. Y es evidente que las tres figuras que lo componen (Goethe, Byron y Walter Scott) expresan, en todas las direcciones imaginables del espíritu, las luces y las sombras del romanticismo.

Johann Wolfgang Goethe es el patriarca de esta trilogía, puesto que nació en las luces del siglo XVIII, pero surcó en su vida todas las tempestades del Romanticismo hasta llegar incluso a superar el pensamiento del siglo XIX, convirtiéndose en el crítico más sensato de sus locuras y sus disparates.

Lord Byron es el rey por excelencia de la poesía del siglo XIX y el arquetipo de las estrellas fugaces que volaron en ese firmamento. Vivió con arrojo y entusiasmo las revoluciones de su tiempo y la aventura romántica de la libertad, hasta desaparecer en la noche del exilio. Combatió en favor de los griegos, en su lucha de independencia, dejando la leyenda dorada de los héroes que —como Aquiles y Héctor— se malogran en plena juventud.

Y Walter Scott, el gran novelista de esta época tan literaria, creó fabulosas sagas de conspiradores, bandidos, piratas y caballeros medievales (Ivanhoe, Ricardo Corazón de León, Saladino), novelando amores apasionados —a veces prohibidos— y vidas ensombrecidas por tormentas de guerra, duelos, intrigas y traiciones; hasta el punto de que se construyó

un castillo en Escocia para convivir con esos fantasmas legendarios.

Fui en los años de mi juventud profesor de Historia de la Cultura, y creo que he dejado claro testimonio de esa vocación en toda mi obra. El primer esbozo de estas páginas lo tracé escribiendo pequeños reportajes para agencias de prensa y revistas de viaje. Titulé a aquella serie *Aquí vivió*, pues mi idea fue visitar los lugares (a veces castillos o mansiones, otras veces oscuros apartamentos y, a menudo, pensiones y hoteles que ya estaban en ruinas) donde habían escrito sus obras los maestros de la cultura europea. Visité los rincones más maravillosos que puedan imaginarse, ignorados por muchos de los curiosos frívolos que hoy lo profanan todo y que entonces desconocían estas direcciones secretas.

Con la ayuda de los últimos supervivientes de la Europa destruida por la Segunda Guerra Mundial, fui reuniendo un valioso catálogo de datos ocultos y sagrados. De la misma forma que mi maestro Stefan Zweig había coleccionado autógrafos, me especialicé en seguir las huellas de mis mayores, indagando los lugares donde habían vivido, los establecimientos donde compraban sus camisas, sus zapatos o sus corbatas, los cafés donde se reunían, los paisajes que amaban, las direcciones donde podía citarme con sus discípulos o a sus hijos, los jardines o los salones donde encontraron sus amores, los hoteles en los que se hospedaban o los barcos y trenes en los que viajaron. No sólo conocí así las reliquias de un tiempo pasado, sino que tuve un trato directo con personas que me acogieron amistosamente, me admitieron en el seno de su «comunidad» y guiaron mis pasos hacia un «camino de peregrinación» donde se guardaba la memoria de mis «santos». Y así conocí en Estados Unidos a Alexandra Tolstaia (la hija de León Tolstoi), y visité en Londres a Anna Freud (la hija de Sigmund Freud),

y traté en París a Paul Morand (que me contaba historias de Marcel Proust que sólo él conocía), y compartí con Golo Mann (el hijo de Thomas Mann) momentos inolvidables en Kilchberg, en la casa donde habían vivido sus padres, a orillas del lago de Zúrich. El azar, que a menudo me llevó a estar en el sitio preciso y en la hora adecuada —un regalo del destino que sólo puedo agradecer humildemente—, me hizo encontrar también a Rudolph Kassner (el filósofo olvidado, amigo íntimo de Rilke, al que conocí cuando yo era un niño, en una cena familiar en Zúrich. En mi juventud, escuché de labios de André Maurois muchos consejos que me ayudaron a investigar la vida de mis escritores románticos, recibí también una ayuda valiosa de Eugen Relgis, el escritor rumano que había sido amigo de Zweig, quien me acercó a los personajes más interesantes de *El mundo de ayer* que aún vivían en los años de mi juventud. Y no quiero olvidar otras maravillas que reuní por mi cuenta y me gané con mi esfuerzo, viajando incansablemente, estudiando y trabajando sin cesar y eligiendo los lugares santos de mi peregrinación; de igual manera que pasé casi todos los veranos de mi vida en los lugares de Sils-Maria donde vivió Nietzsche, recorriendo sus mismos paseos y escribiendo en los mismos bosques que consolaban —como un velo perfumado por la camomila de la montaña— la mirada de sus ojos cansados. Ahora es fácil seguir los rastros de la historia, porque la información —rica, aunque a veces espuria— se ha multiplicado en nuestro tiempo. Pero hace medio siglo había que trabajárselo, buscando fotos, leyendo cartas en los archivos, anotando direcciones en libros, siguiendo caminos intrincados para buscar una casa perdida en un bosque o un café al que uno llegaba tarde, cuando llevaba tres años cerrado. No siempre acertaba en mis pesquisas, y más de una vez escribí cartas que no tuvieron respuesta, porque su destinatario ya no

vivía en la calle de otro tiempo en la que yo lo suponía habitando entre muebles antiguos; o, mejor dicho, ni siquiera pertenecía ya a este mundo.

Afortunadamente, con el humo también se escribe y, a veces, tuve que recurrir a la bendita imaginación del arte para cubrir los huecos, pues a nadie detesto más que a los pedantes que quieren dárseles de científicos o ilustrados, no siéndolo. Nuestro oficio literario es más modesto, pero no menos noble, ya que somos «humanistas». Nuestro mayor logro puede ser recuperar la memoria de una vida perdida, o evocar la enseñanza de estos personajes «románticos» –como Goethe, Byron o Walter Scott– que fueron maestros en el arte de escribir y de crear caracteres literarios, alumbrando poemas, romances e historias. Con suerte, llegamos un día a descubrir el cajón donde una abuela guardó un diario de amor o escondió unas fotos, unas cartas y unos recuerdos. El arte es hijo de la originalidad de la mirada, de la tenacidad en el estudio y de la firmeza y la audacia del pulso. Pero también somos hijos y guardianes de la memoria, en tanto que ésta va unida a la emoción y al sentimiento.

En resumen, he viajado tras las huellas de mis maestros y así fui escribiendo estos ensayos, dedicando una sonata, una *suite*, un divertimento, una sinfonía, un *allegro*, un *scherzo* o un simple *impromptu* a cada uno de los personajes que me parecían estrellas, faros o guías de nuestra cultura, hasta reunir estas trilogías que podrían formar un «Concierto de Europa».

He soportado la pena de ver cómo en mi patria europea eran olvidadas o malinterpretadas muchas de estas grandes luminarias, sustituyéndolas por «usurpadores de fama» (como diría Zweig) que los suplantaban en las artes, en los libros y en las escuelas. Recibo a menudo el testimonio de jóvenes que lamentan que los hayamos abandonado en un laberinto

sin valores y sin guías, o que unos funcionarios distantes —incapaces de enseñar con modestia y claridad— pretendan enredarlos en un proyecto vital o político ajeno a nuestra historia europea y a nuestros valores humanistas. A la izquierda y a la derecha aparecen hoy esos señuelos extremistas que pretenden derribar los fundamentos de nuestra historia y nuestro pasado, sin ofrecer nada más alto ni mejor; algo que, moralmente, pueda llamarse «progreso».

Las tres vidas que componen este libro no son paralelas, pero comparten afinidades que permiten agruparlas como los temas de un concierto. Pienso que, al ensartarlas en una trilogía, ofrezco al lector una ventaja para acceder a ellas: es más fácil comprender a unos personajes cuando están situados en el mismo tiempo histórico. Basta entrar en la tonalidad espiritual del Romanticismo para aproximarse a estos tres hombres y sus vidas. Y, juntas, explican mejor los gustos y modos de la época en que vivieron.

Al aligerar la biografía de tramoya erudita (simplificación que sólo es admisible en el ensayo), es más fácil comprenderlas sin pretender juzgarlas ni someterlas a inquisición, sino dejándose llevar por el encanto del arte, la complicidad del lector con el autor y sus personajes y el sentimiento de tolerancia que fortalece la lucidez de nuestro espíritu y nos permite celebrar sin prejuicios las vidas humanas. Así se forjó el ideal del Humanismo y se labraron los valores de la cultura europea.

Nadie piense que dejamos de lado el espíritu crítico cuando planteamos estas biografías de forma tan decididamente literaria. La formación humanista nos enseñó a contemplar el prodigio con espíritu crítico, rechazando toda forma de magia que no conduzca al progreso moral, a la dignidad civilizada, a la libertad, a la salud y a la belleza.



Goethe y Byron fueron grandes viajeros, a diferencia de Walter Scott, que vivió muy apegado a la tierra escocesa que —con una hermosa historia, cultivada por buenos poetas, y rica en abadías, monasterios y castillos en ruinas— le brindaba el material romántico para sus leyendas. Todos los temas que interesaban al lector del siglo XIX se encuentran en estos tres autores, desde los amores apasionados y oscuros (incluyendo el incesto en Byron), los suicidios (como el del joven Werther), las tormentas, los naufragios y los temas diabólicos en los que fueron creadores de figuras inolvidables, tratados a veces con la profundidad del *Fausto* de Goethe y, en otras ocasiones, con trampantojos espantosos —como las historias de los vampiros y los monstruos horribles— que hoy casi nos hacen sonreír.

Desde Turner hasta John Martin, los románticos se dejaron fascinar por los paraísos de la extravagancia y el delirio, buscando siempre lo pintoresco en lo estético y lo terrible en lo ético: los dos principios cardinales del arte del siglo XIX.

Todo el círculo que rodeó a Byron en el lago Lemán escribió historias diabólicas y más o menos disparatadas. Shelley publicó dos novelas extravagantes (*Zastrozzi* y *Saint Irvyne*), mientras que el médico Polidori creó *El Vampiro*, y Mary Shelley imaginó la obra más interesante, *Frankenstein*. Pero el mismo Byron dedicó a los vampiros unas líneas en *El Giaour*.

Intencionadamente he apartado de esta trilogía otros nombres que podían representar la versión más oscura, diabólica y siniestra del romanticismo, como Charles Robert Maturin, autor de *Melmoth el Errabundo*. Auténtico discípulo del marqués de Sade, el terrible Maturin era pastor de la iglesia irlandesa. Sus sermones en San Pedro de Dublín apasionaban a las masas. Vestía como un dandi, bailaba como un diablo y trabajaba siempre rodeado de su familia, porque se inspiraba en medio de las discusiones y del escándalo.

Otro de los más grandes representantes del oscurantismo romántico fue William Beckford, poeta satánico que nació en cuna de oro y se fue convirtiendo en un monstruo de la depravación. Vástago de una dinastía de acaudalados plantadores de Jamaica, Beckford recibió una educación esmerada y tuvo como maestro de música al joven Mozart. A los dieciocho años, paseando por las orillas del Exe, se enamoró del pequeño William Courtenay, que vestía como una muñeca triste y corría entre los ciervos de su parque, asustándolos con sus ojos negros.

En Sintra, una de las ciudades más bellas de Portugal, Beckford habitó el fabuloso palacio de Monserrate y gastó ríos de dinero en transformar sus jardines. Llevaba un ritmo de vida tan desenfrenado que, en sus viajes, lo confundían a menudo con el emperador de Austria. Y así fue como escribió *La historia del califa Vathek*, imaginando todos los lujos y vicios que puedan pensarse. Y así también decoró su palacio de Sintra, en un lugar sagrado que —como el antiguo templo de Pessinonte en Frigia— estuvo dedicado a la Virgen Negra.

Pero el joven Beckford no tuvo bastante con Monserrate. Y, al regresar a Inglaterra, gastó toda su fortuna en la construcción de la abadía de Fonthill, concebida como templo del vicio. Nunca llegó a ver completamente acabada la gigantesca obra, soñada por su megalomanía, si bien creó una mansión gótica como jamás ha existido otra igual en la tierra. Como un déspota sin alma levantó —a golpe de latigazos— un inmenso castillo, dominado por una torre octogonal. A la luz de las antorchas, las grúas levantaban las gárgolas y los ángeles de las torres, seres infernales surgidos del fondo de la tierra.

«Lo que más me emocionaba —escribió Beckford— era oír el eco de las voces en el silencio de la noche, bajo las arcadas de las galerías, cuando los ángeles de yeso subían como seres

surgidos de las entrañas de una mina, acompañados por los gritos que los obreros proferían en las profundidades, como blasfemias lanzadas en el Infierno...».

En el mobiliario gastó todas las rentas podridas que le producían sus esclavos de Jamaica. Nunca una mansión fue decorada con tanto lujo: porcelanas de Sèvres, piezas de orfebrería de Cellini, cristales de Murano, muebles de Riesener, cuadros de Bellini y las más costosas maravillas creadas por el ingenio humano.

En la mansión de Fonthill, Beckford vivió también perversos amores con su prima Luisa. «William, mi hermoso diablo —escribía ella—, nadie es capaz de hablar del vicio con tanta exaltación como tú».

En *La historia del califa Vathek*, una de las obras más letales creadas por la imaginación romántica, el joven Beckford explica las costumbres licenciosas de un personaje que había construido un palacio con cinco pabellones «destinados a la función específica de cada uno de los sentidos». En las fiestas de Fonthill triunfaba siempre el exceso. Los suelos se espolvoreaban de purpurina y de especias excitantes cuyo olor se mezclaba en el aire con la humareda sacramental que ardía en los pebeteros. Los cultos satánicos eran oficiados por la prima Luisa, que andaba ya consumida por la tuberculosis, con una mirada de espectro alimentado de azufre.

James Wyatt, el arquitecto que trazó los planos de Fonthill, no era hombre riguroso en sus cálculos. Las falsas mansiones góticas del Romanticismo duraban poco. Y también los techos de la abadía de Fonthill se derrumbaron en una noche de tormenta, y Beckford, «el hombre más rico de Inglaterra», murió arruinado. «¡Estoy harto ya de llevar esta máscara sobre mi rostro!», decía en los últimos declives de su existencia. Había perdido ya sus blondos rizos, y el rostro de príncipe aburrido se le

convirtió en cara de cuervo. Murió agrietado y solo, polvoriento y consumido, como el retrato de Dorian Gray.

Evidentemente, esta trilogía tendría un tono más romanesco si hubiésemos elegido como personajes a algunos de los artistas extravagantes que acabo de citar y que tanto menudearon en el siglo XIX. Pero no seríamos justos con el espíritu del Romanticismo, que tuvo intérpretes más serios y mejores en la literatura.

Es verdad que los tres personajes cuyas vidas delineamos en este ensayo biográfico (Goethe, Lord Byron y Walter Scott) fueron encumbrados en monumentos colosales, al gusto romántico, como dioses olímpicos. Especialmente Goethe sufrió esta idolatría intelectual, puesto que fue un maestro genial de la cultura alemana y una luz indiscutible de nuestro espíritu europeo. Pero el propósito de estos breves ensayos biográficos es salvar también a los grandes hombres y mujeres de esa iconografía colosal o ciclópea que fue habitual en otros tiempos, cuando la pedagogía se apoyaba mucho en imágenes titánicas de la virtud para uso de moralistas, o en arquetipos culturales que hoy suelen estar desportillados y oxidados por el paso del tiempo y por el ocaso de los valores dogmáticos y absolutos. Algunos de aquellos dioses y diosas acabaron, como las gárgolas de las catedrales, deformados hasta gestos caricaturescos.

El mito existirá siempre, aunque, si no sabemos mirarlo desde la distancia moral de la civilización o la exigencia espiritual del arte, acabaremos postrándonos con fanatismo ante los ídolos, ofreciéndoles holocaustos crueles. Y ocurre que, en cuanto la gente deja de contemplar con sentimiento artístico las imágenes de Dios y de los santos, regresa a la violencia tribal primitiva —donde sólo existen modelos de brutalidad— y vuelve a creer en cuentos tenebrosos y en aparecidos. Por eso hemos querido narrar las vidas de nuestros personajes con una

perspectiva humanista, aceptando lo que tienen de leyenda, pero mostrándolos también a la luz del espíritu crítico, para que no se conviertan en banderas sectarias ni en ídolos y puedan ser reconocidos como monumentos del arte y de la civilización.

Es evidente que no aparecen en esta trilogía las lumbres del romanticismo francés, español o italiano. Nombres como el de Chateaubriand, Víctor Hugo, Espronceda, Bécquer, el Duque de Rivas, Manzoni o Leopardi —así como otras figuras alemanas de la talla de Heine, Novalis o Hölderlin— quedan para otros volúmenes de esta colección. Todos ellos vuelan alto y se lanzan como águilas al cielo de la libertad. En esa dimensión revolucionaria hay muchos románticos cuyas vidas y obras —escritas en países lejanos, ambientadas en lugares exóticos y en selvas vírgenes, abiertas a los misterios panteístas de la naturaleza rousseauiana y acompañadas con clarines heroicos, como himnos al destino— tienen una dimensión tormentosa y llegan mucho más lejos que la vida burguesa y apacible de Walter Scott, tan poco agitado por tentaciones diabólicas y confinado como un estudioso o un fraile en su castillo escocés. Pero también el testimonio de un discreto notario se necesita para dar fe de una época. Y como, por las dimensiones de esta obra, me veo apremiado y limitado a elegir sólo tres figuras, he buscado algunas muy significativas en la prosa, el pensamiento y la poesía del Romanticismo.

Lo que me importa es dar el testimonio del espíritu europeo a través de las grandes figuras de nuestra cultura. La vida (propia y ajena) es una escuela maravillosa en la que no sólo se estudia con los métodos discursivos y racionalistas de la enseñanza antigua, sino que se aprende de una forma más participativa y regalada, emotiva y sensual.

La escuela humanista nos enseñó que la sabiduría no sólo está formada por una compilación de conocimientos, sino

también por sensaciones que se acrisolan y se subliman con la experiencia de la vida. Es una antiquísima vía de iniciación que se remonta a las antiguas religiones y a los filósofos presocráticos y socráticos. Por eso he querido reivindicar en esta *Suite Romántica* el «espíritu» de Goethe, Byron y Walter Scott, huyendo de hacer crítica filológica de sus obras o comentarios morales de sus vidas. En pocas palabras, me hubiese gustado conseguir que las vidas que evoco en estas páginas puedan transmitirse como levadura para el espíritu de un tiempo más humanista que el nuestro y como memoria sagrada de nuestra cultura.

Si se me permitiese confesar un deseo, diría que anhelo celebrar el día en que los jóvenes vuelvan a esa escuela y recuperen la presencia de los grandes maestros que hoy están olvidados o –aún peor– convertidos en meras citas para trabajos académicos, mientras que se ignoran sus vidas, sus métodos de formación y los caminos que recorrieron.

Soy escritor español –muy celoso de la belleza del idioma en que escribo–, pero no puedo ocultar mi formación europea, puesto que estudié en francés, leí mucho en inglés, me hice italiano de adopción y me educaron muy buenos maestros en la cultura alemana. Por eso creo que, en todos mis libros, se nota esa herencia, que podría agrupar también estas trilogías en la literatura iniciática o de aprendizaje, como es para la novela el *Bildungsroman*.

Por más que la burda Europa del siglo XXI haya perdido las tradiciones esenciales de nuestra sabiduría, me resisto a renunciar a la esperanza, y creo que ciertos valores del espíritu tendrán nuevamente su Renacimiento.

Mauricio Wiesenthal  
Europa, 2020

## Álbum de recuerdos

### LAS SILUETAS DE GOETHE

No sé por qué le tuve siempre tanta afición a Goethe. Quizá porque en la España cerrada de mi juventud creer en Goethe era heterodoxo, extranjerizante, europeísta.

Para ir a Weimar, hace treinta o cuarenta años, había que tener arrestos: el muro, las porras, las metralletas, la burocracia, la policía... Recuerdo que, al llegar a la frontera de la República Democrática Alemana, entre alambradas y torres, entre focos y perros, me sometían a un largo interrogatorio, intentando descubrir si mi viaje tenía propósitos subversivos. Una machota gorda, condecorada con los galones de sargento, me preguntó una vez si «ese tal Goethe» —que yo citaba tan a menudo al solicitar un visado— era mi enlace en Weimar. Luego, se sentó en mi coche y, descubriendo algo inquietante en el equipaje de mano, me apuntó asustada con una pistola. Fue sacando, una a una, las mercancías sospechosas: mi flauta travesera, una brújula, tres plumas estilográficas, una cámara con un fotómetro, unos guantes napolitanos de piel, una botella de moscatel, un acidímetro con su pipeta y su papel de tornasol, una raqueta de tenis, un rosario de pétalos de rosas, un pañuelo de gaucho, una vieja edición gótica de las obras de Goethe, un álbum de siluetas, seis partituras garabateadas a mano y una colección de frascos de perfume...

No creo que el equipaje de Goethe –un viejo baúl negro que le acompañaba en sus viajes a Italia o a Suiza– fuese más homogéneo que mi caótico bagaje. Las maletas, como los órganos sexuales, son de quien los lleva.

–¿Para qué sirve todo esto? –interrogó, en un tono desagradable y violento.

–Ya lo ve, Fraülein –respondí tomándola a broma–: son objetos para derrocar al gobierno.

La broma me costó dos horas de interrogatorio en una comisaría de Magdeburgo. Me concedieron luego un itinerario cerrado para llegar a Weimar, exigiéndome la promesa de que no abandonaría por ningún motivo esa carretera. Ya en la madrugada, me perdí en las brumas y fui a parar a un bosque donde, de improviso, se abatieron sobre mi coche las luces cegadoras de unos focos. Al fondo distinguí una empalizada con unas torres y lo que parecía un campo de concentración. Di vuelta en redondo y, viviendo una pesadilla, regresé a la carretera, mientras las linternas y las sombras de los guardias con metralletas me perseguían entre los árboles...

Aquí, en España, los eruditos estaban muy interesados en otras cosas: las influencias cristianas en la filosofía de Sartre, la literatura comprometida de los poetas soviéticos, la fenomenología de Husserl... Probablemente Goethe les parecía reaccionario, o quizás inquietante.

Goethe es el burgués por excelencia: hijo de burgueses, nieto y descendiente de sastres, posaderos, burgomaestres, párrocos, carniceros o campesinos. Incluso hablando tiene un vicio profundamente burgués: alarga la *ü* cuando pronuncia la palabra *Mühe*, «aplicación». Su único antepasado artista es el descarado y feroz Lucas Cranac, quien, por uno de esos azares de la providencia, vivió y triunfó también en Weimar.



Entre sus mejores recuerdos de infancia, rememora la imagen laboriosa de la casa familiar de Frankfurt, donde se vivía en una continua actividad. Porque aquella enorme mansión estaba siempre en obras, invadida por operarios y artesanos que iban restaurando los viejos salones, cambiando los papeles, cepillando las maderas, reforzando las vigas, envolviendo sus juegos de niño con los tibios olores de la cal y la pintura. En el patio se apilaban los grandes bloques de piedra roja del Main, las rejas de hierro forjado, las chimeneas de porcelana. En la vieja bodega, convertida en depósito de cuadros y muebles, dormían un sueño áspero y perfumado los grandes vinos de 1706, 1719 y 1726 que había comprado el abuelo Goethe. En los pasillos se amontonaban los muebles, los papeles pintados *bleu-mourant* exigidos por la moda barroca, las pinturas que coleccionaba su padre, los arcones repletos de encajes y grandes cofias que había dejado en herencia su abuela.

El pequeño lo asimilaba todo, estudiando latín, griego, inglés, italiano, francés, hebreo, yiddish, violoncelo, dibujo, esgrima, patinaje, equitación y danza. Pero de todos los objetos de su casa había uno que le impresionaba especialmente y que estaría misteriosamente unido a su destino: una pequeña góndola que el viejo consejero trajo de Venecia y que despertaría en su imaginación el deseo de conocer Italia.

En 1763 la troupe de los Mozart monta su virtuoso espectáculo en un escenario de Frankfurt. Goethe asiste con su familia al último milagro del Siglo de las Luces: un jovencito de sonrisa ingenua y peluca empolvada que se sienta al clavecín con una espadita al cinto.

Estos dos niños tienen algo en común: quizá comparten el mismo ángel. Los dos se educan, en la casa paterna, bajo una disciplina rigurosa. Ambos tienen un sentido extravagante del humor. Mozart disfruta amontonando en sus cartas y

cuadernos palabras escatológicas. Goethe alcanza su primer éxito teatral con una travesura infantil: lanza a la calle la vajilla completa de la casa paterna para que sus amiguitos se diviertan con el pequeño *terremoto*.

Mozart se acuesta solfeando, cada noche, sus canciones preferidas. De pie en el taburete inventa, mientras le visten el camisón, complicadas letanías que asombran a su familia. Goethe también aprende jugando y se aficiona al teatro, representando sus primeras comedias en un teatrillo de marionetas. Mozart es un embaucador mágico que utiliza un montón de nombres distintos a lo largo de su farandulesca vida. Goethe ama los disfraces: se presenta en casa de Federica Brion vestido de estudiante de teología; viaja a menudo con nombre cambiado; su maestría en este terreno es tan grande que engaña a la familia de Cagliostro, el mayor timador que vieron los siglos, cuando se presenta de incógnito en Sicilia.

Entre Mozart y Goethe sólo hay una inquietante diferencia. La estrella de Mozart será siempre temblorosa y crepuscular: una vida precoz y castigada que camina hacia una muerte liberadora; una existencia de cazador de pájaros que acaba en las puertas del cielo. La estrella de Goethe —él mismo la eligió para su escudo— será siempre el astro afortunado de la mañana.

Ahora pienso que Goethe no era un autor para los universitarios europeos de los años 1960. Creo que se habría muerto de vergüenza en Mayo de 1968, viendo cómo unos mozalbetes y un grupo de burócratas universitarios levantaban barricadas para proclamar la «contracultura». Él era un humanista y no podía abandonarse a la embriaguez del desorden sin pensar en la injusticia.

En su comedia *Los sublevados* aparece una dama de alcurnia preocupada por el destino de los humildes, dispuesta

a luchar por la justicia «aunque me den el odioso nombre de demócrata». Goethe hace responder a uno de los personajes: «Yo estoy dispuesto a luchar por lo mismo, aunque me den el odioso nombre de aristócrata».

Un profesor de literatura me dijo al corregir mis exámenes: «Joven, me cita usted veinte veces a Goethe, que es como si viniese a examinarse con peluca y en carroza». Me suspendieron. Yo había ido aquel día al examen en una motovespa prestada; pero acababa de regresar de Weimar, de ver a Goethe, de respirar Europa, de vivir Europa, de soñar Europa...

#### SILUETAS DE CIUDADES

Regresé mil veces a Weimar, igual que he rastreado los caminos de Goethe desde Frankfurt a Nápoles, desde Lucerna a Sessenheim, desde Wetzlar a Jena. De la misma forma que, siguiendo a este viejo sabio, me convertí en coleccionista de antigüedades y en explorador de ríos.

Goethe es un nómada: escribe de pie o en el sillón trasero de su carruaje, aclamado por el galope de los caballos. Cuando está en su casa de Weimar, escribe sentado en un caballete de madera y cuero, capaz de disciplinarle la entepierna al mismísimo Fausto; o dicta, arropado en su bata gris, paseándose por la habitación como un soldado de guardia.

«On ne peut penser qu'assis», ha escrito Flaubert, autor de lentas, esforzadas y sedentarias novelas. Se comprende que el autor de *Madame Bovary* no fuera un gran viajero, sino un burgués primoroso y perfeccionista.

He conocido a pocos escritores capaces de escribir de pie. Tolstoi, cuando se cansaba de estar sentado, escribía en un pupitre, junto a la ventana. Rubén Darío escribía sobre

una cómoda, en mangas de camisa pero con el sombrero de copa puesto, listo para salir corriendo. Hemingway escribía de pie, a veces medio borracho. Goethe quizá no bebía tanto, pero se mantenía caliente. Y en plena alegría bailaba con Christian Vulpius –una florista que se había convertido en su compañera sentimental– hasta que les saltaban las hebillas de los zapatos. Aquella corte de Weimar sería hoy un escándalo. ¡Todo un ministro bebiendo y bailando con una amiga que se llamaba Vulpius, como las zorras! Un escándalo para las gallinas...

Quizás eso es lo que me atrajo siempre en Goethe. Como Erasmo, Montaigne, Lope de Vega, Leonardo o Durero, es incansable: ama, baila y bebe, diseña sus muebles, ordena sus colecciones, busca huesos de pitecántropo, inventa máquinas, apura las salsas, escala las torres de las catedrales, explora ríos, poda la viña, dirige el trabajo en las minas, lee cada día un volumen en folio, se escapa furtivamente de su casa por las noches; es el galán de los balnearios, el confidente de las princesas, el maestro de Humboldt, de los hermanos Grimm, de Schiller, de Mendelssohn, de Carlyle...

Un hombre, en suma, que se acuesta en el jardín de su casa, envuelto en su capote, como un corsario en la cubierta de su navío. «Si los cielos se desploman no tengas miedo: caerán de lo alto nubes de alondras».

## UN DUCADO DE JUGUETE

Para Schiller, como para todos los románticos, el hundimiento de la patria es una tragedia. Para Goethe, «una tragedia es el incendio de una granja; lo demás son palabras». Esto es justamente lo que separa a estos dos hombres que estuvieron tan

unidos. Y también lo que hace hoy a Goethe tan auténtico, tan moderno, tan próximo.

Cuando llegué a Weimar por primera vez, azotado por uno de esos temporales terribles que asolan, de tarde en tarde, la dulce Turingia, me hospedé en el Hotel Elefant. Hoy, después de la reunificación de Alemania, ha sido restaurado y remozado. Pero entonces no era ya el viejo hotel en el que se hospedaban los amigos de Goethe, sino una pensión de la burocracia estatal decorada en estilo *déco*.

A pesar de todo, en medio de su frialdad, el Hotel Elefant conservaba esa sensación íntima y acogedora de la hospitalidad alemana que está llena de detalles sencillos: las velas de colores, los sillones cómodos, los edredones de plumas y hasta las aspirinas, esa droga alemana y burguesa (¡tan *gemütlich!*) que cura todas las enfermedades decentes.

El Hotel Elefant era, en los años sesenta y setenta, un *caravanserail* comunista. Siempre tuve la desagradable impresión de que alguien grababa las conversaciones en mi habitación. El público era verdaderamente heterogéneo: burócratas, militares y policías que se hospedaban a costa del régimen, búhos intelectuales que venían a estudiar los archivos de Goethe, misteriosos comerciantes turcos y sirios que debían de venderle alfombras al alcalde, y otra gente aún más pinturera y sospechosa... Las llaves no servían para nada. Una noche se metió en mi habitación una belleza turca y morena con un camisón transparente, como si viniese a bailar la danza del vientre. Más tarde supe que ya venía de bailarla en la habitación que ocupaba un ministro ruso, completamente borracho...

En aquel laberinto del Hotel Elefant se comía de fábula, a cualquier hora del día y de la noche: truchas que sabían a gloria, regadas por vinos blancos frescos como un limón; asa-

dos de jabalí y de ciervo, con salsas de pepinillo, como le gustaban a Goethe; tordos con tocino, perfumados como el humo de leña; panes calientes de comino, de centeno, de trigo...

Muchas veces, mientras hojeaba algunos grabados en los archivos, me esforzaba por hacerme una idea de la Weimar de 1775, cuando la conoció Goethe. Era entonces la capital de un ducado minúsculo, con un castillo en ruinas que acababa de ser devorado por las llamas. El alma de este reino de juguete era la duquesa Ana Amalia, que había contratado a Wieland como preceptor de sus hijos.

Cuando Goethe llegó a la corte, el jovencísimo Carlos Augusto acababa de suceder a la duquesa. Y no podía decirse que fuese un príncipe justo ni sagaz, porque no pensaba en otra cosa que en las juergas.

Goethe había sido contratado, precisamente, como domador de aquella fiera. Y, durante años, tendrá que soportar las orgías de su duque, viviendo entre golfas, alternando las cabalgadas con las borracheras.

Pero el secreto de Goethe es que no pierde nunca el tiempo, ni siquiera cuando parece que lo malgasta. Sabe utilizar la vida como camino de iniciación, en las circunstancias buenas y en las malas, con vientos favorables o adversos. Y, por eso, el joven Wilhelm Meister, el más autobiográfico de sus personajes, se deja llevar por la suerte, convencido de que la vida busca siempre su propia plenitud. A diferencia de Schiller y los románticos rebeldes, Goethe se parece a los personajes humildes del Antiguo Testamento que se mueven reclamados siempre por tareas prosaicas: ordeñar la cabra, vendimiar los racimos, agrupar el ganado. Son gente que sale a buscar una burra y se encuentra un reino; destino que siempre es menos trágico que el de los románticos que salen a buscar un reino y se encuentran unas burras...

El 21 de abril de 1776, Goethe se instala en un precioso pabellón del parque de Weimar, a orillas del Ilm. No ha hecho nada por merecerlo; pero el duque se lo regala, quizá con la intención de convertirlo en gallinero de sus orgías. Es una casita cuadrada y blanca, con los muros tapizados de rosales que ascienden hasta el tejado por un entramado de espalderas. En los días de primavera, cuando el follaje está todavía tierno, se ven docenas de nidos en las ramas. La primera casa del poeta en Weimar es digna de un explorador de ríos, regada por la luz de la luna, acariciada por la mano de plata de los abedules. A veces me he pasado horas en el parque, escuchando el solitario silbo del mirlo cuando florecen las primeras lilas y evocando los días en que Goethe ponía comida en los senderos para atraer hacia su casa a los pavos reales del duque. Por la noche se oye el canto del búho en los abetos. Pero la hora mágica es la de la siesta de verano, cuando los robles y las hayas prestan refugio al misterioso y violento sueño de Pan. Seguramente, porque este pabellón es un templo: un lugar en el bosque donde Goethe aprendió, como los antiguos jóvenes griegos que se iniciaban en la sabiduría, a vivir en las fronteras de la marginalidad. Allí, entre mujeres y centauros, entre bacantes y canciones, entre vinos y danzas, aprendió los misterios de Dionysos, antes de regresar a la civilización, convertido en maestro.

No creo que ahora los jóvenes comprendan fácilmente a Goethe. No se han educado en los misterios, ni conocen los caminos mágicos de la *oreibasía* (la huida a la montaña), ni saben que los centauros suelen ser mejores maestros que los profesores de la universidad.

## SOMBRAS DE MUJER

Cuando Goethe llega a Weimar no ha cumplido aún los treinta años, pero tiene ya una buena historia sentimental y literaria. De sus tiempos de estudiante en Estrasburgo, guarda la silueta recortada de una muchacha de nariz respingona: Federica Brion, que fue su primer amor. Y este idilio ha dejado en su poesía juvenil un rumor de campanas vespertinas y de juegos ingenuos; sobre el fondo del paisaje alsaciano con sus viñas y sus diminutas aldeas, dormidas como zarzales al borde de los senderos y a la sombra de los robles.

Sin embargo, las novias no le duran mucho al joven poeta. Y a la primera rosa silvestre de Alsacia le sucede pronto Lotte Buff, una joven más madura que le fascina porque es seria y capaz de administrar un hogar.

Goethe acaba de establecerse en Wetzlar, como jurista. Y en la vida apacible de la ciudad provinciana, Lotte aparece con un vestido blanco, ornado de cintas rosas, afilada y rubia como una espiga de trigo. Se encuentran en un baile, pero él la recordará siempre en el zaguán de la casa, repartiendo el pan entre sus revoltosos hermanitos. Es, en resumidas cuentas, la perfecta ama de casa: pronta en la cocina, paciente en su rincón, alegre y soñadora cuando posa sus dedos en la espineta. Ella le inspirará el más celebrado de sus libros de juventud, el *Werther*. Recurriendo a todos los trucos románticos —las cartas desesperadas, los amores imposibles, el suicidio—, Goethe se convierte en el autor de moda. Los jóvenes quieren vestir como Werther, y quieren morir también como él. Un oficialillo francés, llamado Bonaparte, se siente tan impresionado por la novela que la lee seis veces seguidas.

Contemplando los pequeños objetos que pertenecieron a Lotte y que se han conservado en su casa de Wetzlar des-



pués de su muerte, es fácil adivinar cómo era esta mujer destinada a desempeñar un papel tan grande en la literatura: unos cabellos de seda pálida, una sombrilla de encajes, una letra suave que podría dar racimos de uva blanca, unos libros pequeños que debían perderse como mariposas entre las hojas de su abanico.

### UNA SILUETA EN WEIMAR

De todas las siluetas femeninas que fue recortando el destino en la vida de Goethe, ninguna tuvo tanta influencia como Carlota von Stein. Casada y madre de varios hijos, será siempre la luz y la guía del poeta; quizá porque es siete años mayor y tiene ya más experiencia. Ella le enseña las más arcanas sabidurías del alma femenina. A veces es fría, difícil y distante; pero, cuando conviene, sabe ser apasionada, fácil y comprensiva.

Goethe la ha conocido en una silueta, antes de llegar a Weimar. Observando el perfil de su rostro ha intentado adivinar su secreto. Y siempre será un misterio de luz y sombra: «Te veré en el porvenir –escribe el poeta– como se ve a las estrellas».

Carlota von Stein sabe conducir a este muchacho fogoso hacia los ideales de elegancia y de dominio que distinguirán, desde entonces, su figura. Ya no es el eterno huésped de las pensiones ni el vagabundo de los caminos. Y, de la misma forma que comienza a dar forma a su personalidad, diseña su casa, dirige la reconstrucción del castillo de Weimar, planea la repoblación del parque y organiza fuegos barrocos y veladas teatrales para la corte.

En 1782, Goethe se convierte en primer ministro del ducado. Dirige la construcción de las carreteras, organiza un ser-

vicio contra incendios, ayuda a los tejedores de Apolda y estudia geología para mejorar la explotación de las minas de Ilmenau. Se dedica apasionadamente a los estudios de ciencias naturales, polemizando sobre la teoría de los colores, sobre la evolución de las plantas y sobre el origen del hombre. Y, en 1784, envía a su amigo Herder, convertido en predicador de la corte, este parte científico de victoria: «Acabo de hallar —ni oro ni plata—, sino algo que me causa una indescriptible alegría: el hueso intermaxilar del hombre».

Pero el tiempo también se cobra su parte. La vida le conduce hacia esa felicidad material que los burgueses llaman «éxito» y que no siempre es el mejor triunfo para un poeta.

Diez años después de haber llegado a Weimar, comienza a darse cuenta de que sus hombros se inclinan bajo la carga de las pequeñas posesiones. En el horizonte de los cuarenta años ya no se siente tan ligero y tan fresco. No sólo ha engordado, sino que se ha vuelto astuto y prudente. Y, ahora, las preocupaciones de la vida práctica no dejan volar al *daimon* de sus sueños.

El refugio del parque, hermoso como una tienda de sultán plantada en el campo de batalla, comienza a parecerle pequeño. Carlota von Stein ya no es tampoco una silueta, como la flor que un día conociera entre las hojas volanderas del parque. Las viñas de su jardín han retorcido sus troncos. Y al llegar la noche, cuando envuelto en su capote escucha el lamento del puente que cruje sobre las aguas, siente un escalofrío al mirar las lejanas estrellas.

El 3 de septiembre de 1786 sube secretamente a la silla de postas y se pone en camino hacia Suiza e Italia. En Weimar ha dejado incluso su nombre. Ahora es una silueta, de sota-barba grasienta, que viaja con pasaporte falso extendido a nombre de Möller, comerciante.

En el camino, galopando hacia Roma, recoge minerales, estudia las plantas, lee a Vitruvio, imagina una explicación para los cambios meteorológicos, se enamora de las bellas Vírgenes mediterráneas y se rebela contra los misterios dramáticos, tan típicamente romanos, del martirologio. Practica el dibujo y el modelado con mejor voluntad que resultado. Es testarudo como Jacob en busca de la Gracia: «No te soltaré –dice al Ángel– hasta que me bendigas».

En Roma, siguiendo el rito de todos los viajeros alemanes, Goethe acudía tres veces al día al Café Greco. Y, en los calores del verano de 1787, se bañaba en el Tíber y bebía agua «acetosa», de una fuente que había cerca de su casa. Le gustaba subir a la Trinità dei Monti, antes de continuar su paseo en las maravillosas lunas romanas de julio; a veces, hasta el puerto del Tíber, donde compraba «vino de España y de Marsala» en los barcos recién llegados de Cataluña, de Valencia y de Sicilia.

Y así fue descubriendo Italia, deambulando por los mercados y las calles, en Verona, en Vicenza, en Venecia, en Capri y en Taormina.

## EL MUSEO DE LAS SOMBRAS

Italia ejerce un poder mágico en la vida de Goethe, ya que le devuelve su alma de poeta y sus sueños de juventud. Pero ahora, después de haber conocido Venecia, Florencia, Nápoles y Roma, regresa iluminado por el sol del sur. En su puerta hace grabar un saludo en latín: «Salve».

Arregla su casa, en la plaza más céntrica de Weimar, y, entre las paredes pintadas de luminosos colores (azul, blanco, amarillo), va colocando yesos, moldes y estatuas que evocan el orden sereno de la Antigüedad. Todas las puertas están ali-

neadas para que el tránsito de una a otra habitación produzca un efecto colorista, como el paso de la luz por el prisma. No busca la proporción de los burgueses, sino la dimensión monumental de los antiguos. Por eso es capaz de situar una enorme cabeza de Juno en un ángulo del salón, obligando a sus visitas a permanecer en actitud de respeto ante los dioses. Y, sin embargo, no olvida mantener calientes las estufas para que sus invitados se sientan cómodos. Ha sido iniciado en la *paideia* de Homero, en la admiración del misterio, de la virtud y de la aristocracia (la *aristeia*). Mientras todos sus amigos gozan de la protección de Apolo, él busca también la de Dionysos. Cada día se bebe una botella de buen vino y, cuando está vacía, la lleva a su despacho y la utiliza para estudiar la refracción de la luz, observando cómo los rayos del sol se abren en un abanico de colores al atravesar el vidrio.

Organiza sus colecciones: grabados, dibujos, minerales, objetos de porcelana. Clasifica cuidadosamente sus plantas y sus flores. Quitándose el antifaz sonriente de la juventud, se viste la toga de la vida serena y amontona sus años de vida pacientemente, porque intuye que Dios va a concederle el plazo necesario para amar a sus criaturas.

Goethe ama las flores, los parques, las fuentes, los pabellones de caza apartados en la espesura del bosque. Ha conocido a Federica Brion, en un pueblecito florido de Alsacia; ha cortejado a Carlota Buff en la verde campiña de Wetzlar; ha amado a Carlota von Stein en un romántico pabellón a orillas del Ilm, y, al final de su vida, perseguirá todavía a la joven Ulrike von Lewetzov por los sombríos jardines de Marienbad.

Pero Goethe no es un romántico y busca en las flores algo más que la simple embriaguez de su aroma. Buena parte de su obra está dedicada al estudio científico de la naturaleza. Y entre sus mejores amigos no faltan los botánicos, como Fe-

derico Humboldt, o los jardineros, como Batty, a quien nombra su ayudante en el Ministerio de Agricultura de Weimar.

A lo largo de su vida, reúne una impresionante colección de plantas; las dibuja, las analiza, y escribe en *La metamorfosis de las plantas* el resultado de sus trabajos botánicos.

Cuando finalmente elige a una compañera para compartir su vida, se une a una muchacha de origen sencillo que trabaja en una fábrica de flores artificiales. El 12 de junio de 1788 llama a las puertas de su refugio Christiane Vulpius. «Sus cabellos oscuros abundantes le caían sobre la frente —escribe el poeta— y ondulaban, en cortos rizos, sobre su delicado cuello». Goethe se enamora de aquella muchacha humilde, con rostro de Juno, que tiene un temperamento alegre y sólo piensa en «beber champán con su amante» o en «bailar hasta agotar las fuerzas».

Con ella llegan los días de amor y de vino que convierten a Goethe en objeto de todas las murmuraciones. Y el 25 de diciembre de 1789, día de Navidad, viene al mundo August. La corte no esperaba que Goethe llevase tan lejos su papel olímpico, hasta el punto de tener, como los dioses, un hijo natural en Navidades.

Christiane se convierte, desde entonces, en fiel y celosa compañera de Goethe. Cultiva el jardín de la casa, y se atreve a comparar ingenuamente sus desvelos con el esfuerzo creador del autor del *Fausto*. Mientras él trabaja en su obra, Christiane planta patatas en el huerto.

Al fin tiene una casa propia y una mujer que cuida su jardín y le escribe deliciosas misivas, salpicadas de ingeniosos errores gramaticales: «Me sorprende que tu novela no avance; no debes desanimarte, porque ahora puede ir mejor. Nosotros aquí hilamos con mucha diligencia». Nunca ha sabido Goethe formular tan claramente su pensamiento: todo consiste en saber hilar aplicadamente...

Y así pasan los años, llenando los armarios de las colecciones, multiplicando las antigüedades, recortando las siluetas, patinando los cuadros, rompiendo las porcelanas. En su biblioteca ha reunido más de seis mil volúmenes: literatura, arte, jurisprudencia, física y, sobre todo, ciencias naturales. Guarda también un cráneo de elefante que utiliza para sus estudios científicos. Setenta años antes de Darwin, ha llegado a la conclusión de que el hombre procede, por línea evolutiva, del reino animal.

La casa se va convirtiendo en un museo. Y hasta la ingenua Christiane, gruesa y sonrosada, se va pareciendo cada vez más a un Baco renacentista.

#### LAS SOMBRAS SE VAN, LAS SILUETAS VUELAN

El invierno se aproxima blandamente, con paso delicado, levantando fantasmas entre la niebla. Las siluetas se vuelven frías y lejanas. La vieja casa de Frankfurt ya no pertenece a los Goethe. Sus antiguos amigos desaparecen. En el pabellón del parque han vuelto a helarse las viñas. Al felicitar a Schiller en el Año Nuevo de 1805, la pluma de Goethe comete un error que trasciende a su espíritu supersticioso: escribe «último», como si se tratase de un mensaje de despedida. Cuatro meses más tarde muere el amigo. Y Goethe, que ha acompañado la enfermedad de Schiller con su propia enfermedad, no puede levantarse de la cama para asistir al entierro.

El 6 de junio de 1816 muere Christiane. Poco antes de morir, víctima de una apoplejía causada por su exagerado amor a las cosas sabrosas de la vida, corta los últimos tulipanes del jardín y le escribe a su marido que «los manzanos acaban de florecer». Goethe, que se encuentra en Jena, aquejado

también de una enfermedad —¡siempre cae enfermo cuando presiente el dolor de las personas queridas!—, garabatea penosamente un poema: *Du versuchst, o Sonne, vergebens Durch die düsteren Wolken zu scheinen!* (En vano intentas, ¡oh soll!, brillar entre las nubes sombrías...).

Christiane Vulpius yace hoy enterrada en el viejo cementerio de Weimar, bajo una lápida donde pueden leerse estos versos dolientes. Es el último homenaje del poeta a la ingenua florista que cultivaba rosas y tulipanes en su jardín.

En 1827 muere también Carlota von Stein, acordando en su testamento —como último homenaje de amor y amistad— que su féretro no pase por delante de la casa de Goethe. Un año más tarde desaparece igualmente el duque Carlos Augusto.

En un cementerio romano, próximo a la pirámide de Cestio, enterrarían el 26 de octubre de 1830 a su hijo August, consumido por una vida desordenada y alcohólica.

Tenía razón Nietzsche, otro loco que murió en Weimar, cuando escribió que los románticos han hablado de la melancolía de las ruinas, pero que es más grande la melancolía de la inmortalidad.

Sólo su nuera Otilia y sus nietos acompañan a Goethe en la morada de Weimar. Al despuntar la primavera Otilia le trae las primeras rosas del jardín. Pero él piensa en las viñas que crecen junto al pequeño pabellón del parque. Cada día pasea, como una estatua, entre los abedules plateados del Ilm. La luz juega con su propia sombra, convirtiéndola en mil figuras extrañas: torres, pistolas, lazos, pirámides, rizos, siluetas de mujer...

Cuando muere en 1832, sentado en su poltrona, es más viejo que Fausto. Su credo se resume en estas palabras: «La vida es amor, y la vida de la vida es el espíritu».